REMOTOS ORÍGENES

de la Biblioteca Menéndez Pelayo.

(POR ENRIQUE MENÉNDEZ PELAYO)

A su ilustre jefe don Miguel Artigas.

La fundación de esta Biblioteca se pierde, no diré que en la noche de los tiempos, pero sí en la aurora de la vida de aquel glorioso y llorado hermano mío, de aquel estupendo caso de bibliofilia congénita.

Yo creo que en cuanto poseyó un catecismo del P. Astete, dos libros de cuentos infantiles y tres pliegos de aleluyas, echó los cimientos a su librería, distribuyéndola por el momento en las tres secciones de «Ciencias Eclesiásticas», «Obras de vaga y amena literatura» y «Pliegos sueltos».

Lo que con toda exactitud recuerdo es que al poco tiempo hubo ya que hacerle merced, para que en él guardara sus libros, de cierto armario que hasta allí había desempeñado oficios de aparador.

No contaría yo más de ocho años cuando ya me regalaba duplicados.

Amaba a Dios sobre todas las cosas y al libro como a sí mismo. Mostró lo primero en los que escribió; lo segundo en los que tuvo. Sin duda para él, así como en cada hombre hay un libro, en cada libro había un prójimo. Como a prójimos los trataba y quería que se los tratase, y golpe o herida recibidos por ellos, como dados a sí mismo los sentía, y aún los vengara si pudiera.

Lejos de ser bibliopirata, era un tirano conservador que se creía obligado a velar por los volúmenes de todo el mundo. Juzgaba, por la pesadumbre que a él hubiera producido la

pérdida o sustracción de alguno de los suyos, lo que los demás coleccionistas sentirían en trance semejante.

Otra cosa le espantaba aún más, y al modo con que un honrado padre más quiere ver muerto a su hijo que verle sin honor, este padre universal de los libros hubiera preferido perder definitiva e irremisiblemente un ejemplar cualquiera, a verle regresar a casa mutilado o manchado, que son las dos formas que suele adoptar el deshonor en los libros. Porque de otra tercera que alguna vez padecen también, no quería ni oir hablar: de la que resulta de cortar las hojas a dedo, técnica usada ya solamente por algunas tribus salvajes.

Por todo ello no podía sufrir en calma que nadie prestase un libro. Y eso que si hubo hombre pródigo de los suyos, fué él; pero en casita, a dos varas lo más del estante solariego y en paraje donde el lector pudiera ser convenientemente vigilado.

No se fiaba en el mundo más que de mí, y esto, según pienso, más que por mi condición de hermano, por la de *abibliófilo*.

En cierta ocasión, como me hallase yo mirando, en un libro que había sido del marqués de Morante, la leyenda que aparece en la parte baja del *ex libris* usado por éste y que dice, como es sabido, «J. Gómez de la Cortina et amicorum», llegóse a mí Marcelino y me dijo, como curándose en salud y por lo que pudiera tronar:

—Te advierto que eso es una broma, porque no prestaba un libro así le matasen.

A lo que parece, la generosa oferta sólo rezaba con los *amicorum* que se tomaran el trabajo de ir a casa del aristócrata humanista.

Decía, en suma, que por un libro prestado comienza a deshacerse una biblioteca, como por un punto suelto una media. Y quién sabe si a la rigurosa y continua aplicación de este principio salvador, es decir, a la evitación constante de aquel peligro, debe acaso Santander la magnífica Biblioteca que aquel buen hijo suyo le legara.

Amaba, como el más empedernido bibliómano, la rareza o la elegancia de la edición, la nitidez y gentileza de la estam-

pa, la encuadernación de época, el ejemplar en gran papel, el intonso, el de ediciones *no venales*—como decía el doctor Thebussem—y, en fin, cuantas particularidades y excelencias suelen amarse en la parte externa y contingente de los libros. Pero sobre todo ello amó, y amóla más que nadie, el alma que en ellos vive, lo que dicen, lo que enseñan.

De lo que en él hubo de madrugar este amor, el más grande acaso de su vida después del que a Dios tuvo, me ha parecido que dará buena idea el documento que a continuación transcribo. Aparece extendido en una cuartilla de papel de cartas, escrita de su puño y letra, una letra infantil muy terminada y clara, por la que hubieran dado algo bueno los cajistas que habían de componer los futuros originales de su autor.

Como preparación a la lectura de este curioso papel, he de recordar que en el año 1868, a que se refiere esa lista que copio, apenas contaba mi hermano doce de edad. Pienso yo que el lector no sabrá luego qué admirar aquí en primer término: si la precocidad de aquella pasión por los libros, la preferencia dada en plena infancia a tan graves y serias lecturas, la delectación con que tan temprano apuntaba los aumentos de su incipiente librería o, finalmente, la viva gratitud que sentía por los generosos donantes y que le llevaba a consignar el nombre de cada uno junto al título del libro por él regalado.

Dice así el documento:

Nota de las obras que han ingresado en esta librería durante el año de 1868.

1.° Bossuet. Discurso sobre la historia universal. 2 tomos. Regalo de don Juan Pelayo.

2.° Ochoa. Miscelánea de literatura, viajes, novelas. 1 tomo. Regalo de don Esteban Aparicio.

3.° Fortoul. Fastos de Versalles. 1 tomo. Regalo de idem.

4.° Larousse. Florae latinae. Edición de lujo. 1 tomo. Regalo de don Francisco Ganuza.

5.° L. Figuier. La terre et les mers. Edición de lujo. 1 tomo. Regalo de don Marcelino Menéndez.

6.° Fenelon. Traité de l'Existence de Dieu. 1 tomo. Regalo de idem.

7.° Los oficios de Cicerón, traducidos por Valbuena. 2 tomos. Regalo de don Juan Pelayo.

8.° Chateaubriand. Obras completas. 4 tomos. Regalo de don Marcelino Menéndez.

9.° Balmes. El criterio, 1 tomo, 10 rs.

10. Din Cili. Comentarii in Tristes et Pontum Ovidii. 2 v. 4 rs.

11. Amador de los Rios. Estudios sobre los judios de España. 1 tomo. Regalo de don J. P.

12. Goldsmith. Historia de Inglaterra. 4 tomos. Regalo de doña Perpetua Menéndez.

13. Márquez. Arte explicado. 1 tomo, 4 rs.

14. P. Virgilii Maronis, opera ad usum Delphini. 2 tomos. Premio.

15. Hermosilla. Arte de hablar en prosa y verso. 2 tomos. Premio.

16. Cejudo. Explicación del libro 4.° y 5.° de Gramática. 1 tomo, 4 rs.

17. Colonia. Rhetorica. 1 tomo. Regalo de don Francisco Ganuza.

18. Quinti Curtii Rufi. De Rebus gestis Alexandri cum notis. 1 tomo.

19. Biblioteca de clásicos españoles. Se han recibido los tomos 1.°, 2.°, 3.°, 4.° y 5.°. Regalo de don Juan Pelayo y don Esteban Aparicio.

20. Catulli Tibulli et Propertii opera omnia. 1 tomo. Regalo de don José Posada Herrera.

Total de obras, 20.

Total de volúmenes, 34.

* * *

Hasta aquí el que quizá podemos suponer primer índice, aunque parcial, de la Biblioteca Menéndez Pelayo. No serán ahora comento inoportuno dos palabras que quiero decir sobre estos primeros favorecedores de la biblioteca, a los que, si ya por otros méritos no se lo hubieran ganado, deberíamos agradecimiento por eso solo los santanderinos.

El famoso ministro asturiano que aparece como donante de una edición de Catulo, veraneaba, como se sabe, en el lugar de Miengo, donde había reunido una selecta librería y adonde hubo de llevar a mi hermano una tarde el ilustre abogado don Tomás Agüero, cariñoso amigo de nuestra casa, escritor y poeta en sus años mozos y alcalde santanderino de grata memoria, a quien alude con el debido elogio Marcelino en su *Epístola* a los amigos que le regalaron la Biblioteca Griega de Didot:

Ni a ti que riges la edilicia vara,
No sin dolor de las sagradas musas,
Un tiempo enriquecidas de tus dones,
Desiertas hoy.....

Quedó asombrado Posada Herrera del precocísimo saber de aquel chicuelo, que parecía haberse encajado por broma en la cabeza el entendimiento de un hombre maduro, como otros de su edad juegan a ponerse el sombrero de su padre. Ofrecióle, en recuerdo de la visita, el libro que más le gustara, y el obsequiado, tras de una breve vacilación, cayó con su fina manecita sobre los tres enamorados poetas, de los que ya alcanzaría la *elegantia sermonis*, aunque no, seguramente, la malicia y licencia de muchos pasajes.

Don Francisco María Ganuza fué el catedrático de Latín que Marcelino tuvo, docto catador de las mieles clásicas, al que su discípulo dedica, en algún pasaje de sus obras, sentido recuerdo de cariño y reconocimiento, como a quien le había iniciado en el gusto e inteligencia estética de las letras latinas.

Don Esteban Aparicio enseñaba dibujo por aquellos años en nuestro Instituto provincial, del que pasó luego a la Escuela de Bellas Artes de Madrid, en la que desempeñó no sé qué cátedra. Era pintor estimable, de cuya mano se conservan en Santander varias obras. Yo poseo, debido a este autor, un retrato de mi padre, y no me parece mala pintura, bien dibujado y bastante justo de entonación. Creo recordar que aún es mejor el del citado señor Ganuza: desde luego, el parecido—mérito muy secundario para la fama del pintor, mas no para la familia del retratado—era en ambos lienzos muy notable, como en otros que por el mismo tiempo hubo de trabajar este artista. También se ven en algunas casas de esta ciudad, autorizando su salón principal según la piadosa costumbre de antaño, algunas copias, hechas por Aparicio, de una de las Concepciones de Murillo, la cual trasladaba con gran destreza y fidelidad. Fué hijo este don Esteban del pintor don José Aparicio, el autor del cuadro llamado del *Hambre*, que figura en el Museo de Arte Moderno.

Nuestra buenísima tía doña Perpetua Menéndez, citada también en ese índice de gratitud, preguntaría sin duda a su sobrino mayor qué aguinaldo deseaba aquel año, y él, en vez de pedir un ferrocarril de los que habían venido a la tienda de Predary o bien una linterna mágica, de que ya se empezaba a hablar, pidió—¡al diablo se le ocurre!—la Historia de Inglate-

rra de Goldsmith. Partiónos, con esta determinación, a los demás hermanos, vecinos y conmilitones, porque él podía disfrutar a su antojo de nuestros juguetes, y en cambio nosotros ¡a ver para qué queríamos la Historia de Inglaterra!

Don Juan de Pelayo era nuestro tío materno, médico de justa fama, a quien aún recuerdan con vivo agradecimiento muchos clientes y con sincera admiración no pocos compañeros de Facultad. Era además poeta facilísimo y gracioso, que dejó muy buenas muestras de su culto ingenio en varios periódicos santanderinos, singularmente en *El Tío Cayetano*, modelo de sátira política que, con Pereda, Fernández de Velasco y otros, escribía en los años de 68 y 69.

Finalmente, claro está que el don Marcelino Menéndez que en la lista de donantes figura no era el propio dueño de la naciente biblioteca, sino nuestro venerado y excelente padre, primer sembrador de aquel campo de bendición, y a quien Dios, en premio sin duda de sus desvelos por adoctrinar a los hijos de los demás, permitió modelar en el alma del suyo aquella obra maestra de ciencia y de virtud.

Tales fueron los modestos principios de que vino a nacer la Biblioteca Menéndez Pelayo, que en 1868 cabía en un armario que hasta allí había desempeñado oficios de aparador y que hoy apenas encuentra holgura en el suntuoso palacio español en que vive, gala arquitectónica de la ciudad, y cuya traza proyecta viva luz de fama sobre el nombre del malogrado artista montañés don Leonardo Rucabado.

Un prólogo inédito de don Amós de Escalante a las Memorias del Obispado de Santander, de Martínez Mazas (1731-1805): publícalo Luis de Escalante.

La excelente revista santanderina *La Tertulia*, en su segunda época, correspondiente al año 1876 (pág. 189), insertó el prospecto de la Sociedad de Bibliófilos Cántabros, del cual también se hizo tirada aparte. Figuraban en él, como la primera de las obras que habían de publicarse, las «Memorias antiguas y modernas de la iglesia y obispado de Santander, por don Joseph Martínez Mazas.—Ahora por primera vez impresas, con un prólogo de Juan García», y a continuación se anunciaba que aparecería la obra «dentro de algunos meses».

Infortunadamente no fué así: los propósitos que la Sociedad de Bibliófilos Cántabros acariciara, de «formar una biblioteca de autores montañeses y de coleccionar obras y documentos útiles para la historia de nuestra provincia», no hubieron de realizarse en ninguna de sus partes, sin que conozcamos las causas de que tan meritísimos designios no llegaran a fructificar.

Que no fueron la falta de celo, ni la necesidad de previos y prolijos estudios en los encargados de las publicaciones, se evidencia con sólo recordar sus nombres. Ni tibieza en su bien probado amor a la Montaña, ni falta de preparación para tales empresas pueden admitirse, ciertamente, en don Gumersindo Laverde, don Angel de los Ríos, don José María de Pereda, don Amós de Escalante y don Marcelino Menéndez y Pelayo. Nunca sino entonces pudo congregarse tal senado de eminentes varones, todos ellos orgullo de la Montaña, algunos gloria imperecedera de las letras españolas, y portento de la humanidad el que escribiera su nombre el último de todos, allá por sus años juveniles, al lanzar al público el proyecto de la Sociedad, que él inició y fundó sin duda alguna.

Las Memorias de Mazas a punto y en disposición estuvieron de ir a la imprenta, según lo acredita el haberse hallado una copia esmerada de ellas—cotejada y corregida por mano de Menéndez Pela-

yo—, entre los papeles de Escalante, precedida de varias cuartillas autógrafas suyas, sin orden ni numeración, en las que escribiera el prólogo, y seguida de otras conteniendo los apéndices.

El prólogo, tal como se ha encontrado y podido ordenar y leer, no es un trabajo definitivo: es más bien un borrador que esperaba el pulimento y las correcciones convenientes para marchar a las prensas. Pero han creído quienes lo leyeron que debía insertarse en este primer número del Boletín de la Biblioteca de Menéndez y Pelayo, por dos razones: la primera, porque suponiendo la salida al público de este Boletín, ya emancipado, un homenaje a la memoria del insigne polígrafo, no podía faltar en él el nombre de don Amós de Escalante, uno de sus más fervientes y sinceros admiradores; la segunda, porque al asociarse a este homenaje el nombre de Juan García, parecía bien, dar a conocer uno de sus trabajos inéditos que precisamente prueba su cooperación con Menéndez y Pelayo en la labor del restablecimiento de los estudios históricos y literarios referentes a la Montaña.

También se ha considerado para publicar este prólogo, que ha de interesar no poco el juicio que al autor de *Costas y Montañas* merecieron las Memorias de Mazas, hoy tan explotadas por numerosos escritores regionales; ya que si *Costas y Montañas* no es una historia de la provincia de Santander, ni el escribir esa historia fué el propósito de Escalante, «como obra de arte, como geografía poética de un territorio, como epopeya en prosa de una raza que la historia nacional había olvidado casi por completo después de su heroica aparición en los anales del pueblo romano, ni ha sido superada ni probablemente lo será nunca» (1).

Que las Memorias de Martínez Mazas bien merecieron los honores de la imprenta, lo asegura su prologuista, coincidiendo en este punto y en otros, como verá quien lo leyere, con lo que después acerca de ellas dijo Menéndez y Pelayo en el «Estudio preliminar» a las poesías de Escalante. «Estas Memorias—son sus palabras—, inéditas todavía, aunque bastante conocidas y aprovechadas, fueron el primer ensayo histórico de su autor, que no llegó a terminarlas ni a limarlas. Pero tales como están, incompletas en muchos puntos y po-

(1) Menéndez y Pelayo: Estudio preliminar a las Poesías de don Amós de Escalante. Madrid, 1908.

bremente documentadas en otros, constituyen nuestro único tratado de antigüedades eclesiásticas, y anuncian ya la crítica severa y madura que aquel hijo de Liérganes, trasplantado a Andalucia, había de mostrar en sus eruditos trabajos sobre Jaén y Cástulo.»

La Real Sociedad Económica de Amigos del País de Jaén proyectó también publicar las Memorias de Mazas en una edición completa de sus obras; pero, frustrado asimismo este proyecto, aún esperan que una voluntad resuelta ejecute lo que tantos buenos propósitos no lograron (1).

Por el desorden en que se encontraron las cuartillas sin numeración, varias de éstas con solos algunos renglones escritos, como si fueran añadidas o interpoladas, y por las correcciones a veces confusas y acaso no del todo bien interpretadas, no puede responderse de que el prólogo de don Amós de Escalante hubiese sido, de publicarlo su autor, igual y exacto a como hoy se ha leído e imprime, que es así:

Con fortuna escasa sale a luz el libro primero de los que la *Sociedad de Bibliófilos Cántabros* se propone sacar de la oscuridad en beneficio y gloria de la patria montañesa. Obra

---

(1) Las obras que conocemos de Martínez Mazas son las siguientes:

Estatutos de Coro y ceremonial de la Iglesia de Jaén.—Descripción del sitio y ruinas de Cástulo.—Memorial sobre el culto que se da a algunos Santos en el Obispado de Jaén.—Sobre el arte de escribir.—Explicación de la Eneida al alcance de los niños.—Memorias antiguas y modernas de la Iglesia y Obispado de Santander.—Retrato al natural de la ciudad y término de Jaén.

El Industrial, órgano oficial de la Real Sociedad económica de Amigos del País en Jaén, publicó en sus números de los días 12, 14 y 16 de diciembre de 1876 un largo informe, redactado por la Comisión nombrada al efecto, sobre la *proposición que tiende a que se honre la memoria del Deán Mazas*. Esta Comisión proponía hacer una edición de todas las obras de Mazas. Que se llamara «Plaza del Deán Mazas» la «Plaza del Mercado», colocándose la lápida «costeada por la Sociedad con la riqueza posible», en la casa por ella ocupada, inaugurándose la lápida el día 20 de abril, aniversario del fallecimiento de Mazas. Que ese día se celebrara una sesión extraordinaria en la que se leyera la necrología escrita por don Juan José de Lamadrid, algún capítulo del «Retrato de Jaén» y las *obligadas* «composiciones líricas por nuestros poetas y literatos». Que se *inscribiera* el nombre de Mazas en el salón de sesiones de la Sociedad, etc., etc. Que todo cuanto se haga se comunique al Ayuntamiento de Liérganes y al Cabildo Catedral de Santander «para su satisfacción».—Ignoramos si este proyecto se realizó.

y autor merecían más cumplida y halagüeña suerte, y hubiéranla logrado en que otra pluma y otro ingenio mejores trazaran estas hojas proemiales del tanto tiempo há prometido manuscrito.

Como quiera, y para bien de todos en el presente caso, es uso añejo y aun no desacreditado de sociedades análogas a la nuestra, dar a la estampa los textos desnudos y escuetos, sin adornos ni aclaraciones de notas y comentos, como que tienen puesto su objeto y conato principales en ofrecer al público estudioso los materiales literarios, dejando en plena libertad al lector de ilustrarlos a su manera.

La mayor licencia que el editor se toma consiste en apuntar algunas noticias que considera nuevas, meramente biográficas del autor o bibliográficas de la obra. Mas aun en esto persigue la desgracia a estas *Memorias*, puesto que no podemos anticipar novedad alguna acerca de ellas.

La vida del ilustre eclesiástico que las escribió está puntual y minuciosamente escrita por el señor don Manuel Muñoz y Garnica, e impresa en libro al cual no puede ponerse más tacha, si alguna merece, que lo minucioso de sus testimonios e insistente de sus pruebas, por donde la narración se empereza y viene a dar en difusa y lenta; y las diligencias en indagación de noticias que ella no contuviese, hechas a instancias de esta Sociedad en Jaén por encargo del ilustrísimo señor Monescillo, Prelado entonces de aquella Sede, en el Archivo de la Catedral de Santander por el diligente fabriquero señor don Prudencio de la Cabada, y en Liérganes por el señor don Máximo de la Cantolla, aficionadísimo al insigne Dean y aun algo deudo suyo, y en la Academia de la Historia por el excelente y atentísimo oficial de aquella Biblioteca señor don Manuel de Goicoechea, no dieron en el largo plazo de meses transcurridos resultado de provecho (1).

---

(1) Al señor de Cantolla es, sin embargo, deudor este libro de una copia de la partida de bautismo del deán Mazas, de otra de la de sus exequias en Liérganes, y de otra de su testamento, que van impresas al fin del tomo; ya que documentos semejantes, bien que diciendo poco acerca de nuestro escritor, aparte del testamento que acredita su piedad y altos pensamientos, sirven al curioso y al erudito con noticias interesantes de costumbres y maneras de los tiempos.

A decir verdad, el interés principal de la vida de los escritores, si no fueron en vida más que escritores, está en sus escritos; a quien los hojee y medite debe dejarse que según sus gustos e inclinaciones busque en ellos, o ya el reflejo austero de los esplendores del pensamiento, o ya el rastro escondido de las agitaciones del corazón.

Ya, pues, que no tengamos noticia interesante que dar acerca del autor y su vida, digamos cuatro palabras de su obra. Dos manuscritos de ella, ambos en folio, posee la Catedral de Santander, y ambos han servido para la edición presente, generosamente franqueados por el ilustrísimo Cabildo. Con ambos ha sido confrontada la copia para la imprenta, hecha de antemano sobre otra copia anterior en poder del señor don Eduardo de la Pedraja, y no menos gallardamente facilitada por su poseedor. Uno de aquellos manuscritos en pergamino y papel mediano, en 124 folios, sin los apéndices, lleva la fecha de 1777, y ofrece además de la forma de letra, todos los caracteres de autógrafo, aquellos claros, arrepentimientos y descuidos familiares a quien tiene costumbre de escribir (*); el otro en pasta, buen papel, en 187 hojas, sin los apéndices también, es una copia de letra de amanuense, donde están enmendados y suplidos, no siempre con acierto, algunos de los vicios y huecos del anterior. No es, sin embargo, el primero, aun cuando de mano de Martínez Mazas, el original primitivo de su obra, según a su folio 103 v.° cap. 20 del libro 2.° titulado *De la villa de Laredo,* se declara en estas palabras: «á el fin del libro original de donde se ha sacado esta copia, se halla puesto un mapa, etc.» (1).

Ni aun siquiera era copia única si hemos de tomar a la letra palabras del mismo Martínez Mazas citado por Garnica en el apéndice primero, pág. 180-181, a su biografía. Dice refi-

(*) Este manuscrito se halla ahora en la «Biblioteca Menéndez y Pelayo». El Cabildo se lo había prestado a don Marcelino por tiempo indefinido, y a su muerte, conocido el destino de la Biblioteca, acordó el ilustrísimo Cabildo que quedase para siempre en ella.—(L. de E.)

(1) Del paradero de aquel original primero no se halla noticia en las obras de Martínez Mazas, ni en su biografía, ni en la memoria de las personas a tal fin consultadas.

riéndose al libro dedicado y remitido por él al Cabildo de Santander: «Es una segunda copia sacada de los borradores que entonces tuve presentes, aunque faltan al fin muchos suplementos que llevó la primera.»

Martínez Mazas pertenece a una generación notable, a la cual dió el Norte de España dos de sus más insignes representantes: Campomanes y Jovellanos. Su crítica es siempre alta y serena; su discurso procede con aquella firmeza y templanza nacidas de sólidos principios y sana y castiza educación literaria; su entendimiento se adelanta a lo actual y realizado, y su corazón persevera en los caminos del bien ajeno, solícito y animado por la fe en la Patria y el vivo anhelo de su prosperidad y grandeza. Desgraciadamente, estas Memorias no bastan a hacérnosle conocer y estimar completamente. Obra de su juventud, como hecha sobre asunto al cual le llevaban sus aficiones, la inspiración primera de los verdes años, ni aun pudo ser revisada y concluída por el autor en la plena sazón de su talento.

De lo que Martínez Mazas hubiera hecho, cuando las circunstancias especiales de su vida le permitieran dar la última mano a esta que debió ser su obra predilecta, nos dan testimonio su libro de Jaén y su manuscrito de Cástulo, obligándonos a lamentar seriamente que no los hermane en conclusión y lima la Historia de la Iglesia de Santander. Bien se advierten, sin embargo, y profundamente estampadas quedaron en esta armazón literaria, las grandes dotes de escritor de historia que sobresalían en el insigne trasmerano. Son notables el orden y método de su plan, el cual tan sólidamente establecido se encuentra, que aun hoy, a pesar de los años transcurridos, de las mudanzas del gusto, de las alteraciones de los procedimientos, de los innegables adelantos del sistema crítico, de las nuevas y encontradas corrientes de la opinión, pudiera servir intacto y sin corrección apenas, de fundamento y pauta al escritor bastante enterado de cosas de la provincia para concluir y dejar terminada la obra, llenando sus huecos, vistiendo sus desnudeces y dando su forma definitiva a aquellas partes que nos ofrecen únicamente armazón desnuda o apuntados bosquejos.

Ni sería justo exigirle responsabilidades de mal éxito en lo

que no pensó hacer; pues clara y resueltamente dice en su capítulo primero o por vía de prólogo: «Ni escribo historia, ni tengo la ciencia y talento para ello. Sólo es mi ánimo dejar escritos ciertos apuntamientos, anotaciones o memorias de las cosas más notables de la Iglesia y Obispado de Santander.»

Tampoco en lo geográfico cabe atenerse al texto de Martínez Mazas quien escribía sin conocer *de visu* los lugares, y atenido al viciosísimo Mapa del Baston de Laredo, en el cual la orientación de valles y cordilleras es tan defectuosa, como que se trazó sobre avisos y noticias de los naturales, sin acudir a los medios e instrumentos científicos. Esto alude principalmente a los valles enumerados y descritos (en lo meramente eclesiástico) por el autor.

Fuera de que la historia eclesiástica es la historia de la civilización y la verdadera historia de los pueblos, singularmente en las épocas críticas de la Edad Media, ciertos elementos suyos adquieren valor inapreciable por ser únicas y exclusivas noticias del estado de las gentes y de las costumbres en los tiempos de su origen. Lo prueban aquellos siglos temerosos de inquietudes perpetuas y crecientes tinieblas en que el mundo romano agoniza herido y desbaratado por los hombres del Norte: vidas de Santos, escritas ciertamente sin otros fines que el piadosísimo de conservar la memoria de los confesores de la fe y el ejemplo de sus virtudes o de sus sacrificios, dan ahora luz y luz clarísima y luz sola no pocas veces, aun a inteligencias que siguen otra fe o que no tienen ninguna, para estudiar y conocer aquella lucha pavorosa y lenta entre la barbarie y la cultura, donde ésta que no sabe rejuvenecerse y tornar al vigor de los días juveniles de los pueblos, fallece al cabo y espira vencida por su competidora que sin perder los propios e ingenuos bríos los acrece y dobla tomándole los suyos a su contraria.

Absurdo sería pedir a nuestro historiador esa como adivinación del porvenir que parece pretenderse cuando se quieren ajustar añejos escritos al aire y gustos de tiempos posteriores. Tampoco vamos a llenar los huecos lastimosamente espaciosos de su obra, y corregirla aun en aquellos pasajes en que adolece de error manifiesto; lo cual sería apartarnos del espíritu de

la publicación presente. El bibliófilo quiere los textos en su integridad posible, reservándose el gusto y el trabajo de compararlos con sus análogos o contradictorios, completándolos o refundiéndolos; en suma, pide materiales y guarda para sí la mano de obra.

Así pudo dar como probada, completa y no disputada, la jurisdicción de los Obispos de Burgos sobre el territorio de Asturias de Santillana, sin citar la piedra sacrativa de la iglesia de Viveda, que bien lo merecía, siquiera para ser discutido y negado su testimonio que atribuye acto jurisdiccional en dicho territorio a un Prelado de Oviedo.

Que Mazas no tuvo a la vista las escrituras originales del Archivo de Santander, ni aun medianas copias o extractos de ellas, evidénciase en pasajes diversos de su obra. En el capítulo segundo de su segundo libro, por ejemplo, ajustándose con excelente crítica a la tradición litúrgica de las *Confesiones* o fábricas hipogeicas que desde los primeros tiempos de la Iglesia fueron lugar de sepultura y culto de los mártires cristianos, conjetura que el Cristo de abajo pudo ser edificado para guardar allí las reliquias de los Santos Emeterio y Celedonio, titulares de la Abadía y patronos de su comarca; quedando en el aire su docta y razonada conjetura, falta de un apoyo robustísimo, a saber; la afirmación precisa contenida en la escritura de donación hecha por el abad don Nuño Pérez de Monroy a su Iglesia de San Meder y San Celedon confirmada por el Rey Don Fernando IV a 8 de Julio de 1310, donde se dice que el altar de los Mártires está «so la bóveda», cláusula que no parece dejar espacio a duda, conocido el edificio tal cual pudo existir y existió en los dias del citado instrumento.

Asimismo desconoció el escrupuloso historiógrafo o tuvo por completo olvidada otra notable escritura de cambios de fincas entre el Infante de Castilla Don Sancho, Abad de Santander, y Ruy González de Herrera, vecino de la villa, pues en ella se hace mención de otro abad del mismo nombre, anterior al Infante y arcediano de Sepúlveda, del cual no se olvidara ciertamente Mazas en su catálogo de los Abades, como lo olvidó, privado de este dato.

Hase de advertir además, que en su noticia del referido

abad Infante que subió a la silla primada de Toledo, ateniéndose Mazas al texto de Loaysa en sus «Concilios de España» le atribuye trágico fin en batalla contra moros, cerca de Martos, cuando el Infante Don Sancho Arzobispo de Toledo muerto en guerra santa, no era Infante de Castilla, sino de Aragón, e hijo del insigne rey Don Jaime I el Conquistador, lo cual tuvo lugar el año de 1275, cuando el Infante castellano, antecesor del aragonés en la mitra toledana, había fallecido de su muerte natural en 1262 y entre ambos y aunque por breve tiempo, limitado entre dos largas vacantes, había ocupado la silla el Deán de la propia iglesia don Domingo Pascual. Esta confusión hubiérala evitado o deshecho Mazas con acudir a texto tan familiar como el del P. Juan de Mariana, el cual, puntualísimo en la sucesión de los Prelados toledanos, como quien tenía aficiones de sangre y nacimiento a la imperial Metropolitana, refiere en el cap. 1.° de su libro quatrodécimo, la tragedia de Martos con dramáticos pormenores que tomó de la crónica vieja de Don Alfonso X, narrados con aquel soberano estilo que asegura de muerte y olvido la viva y poderosa obra del gran jesuíta.

En lo que nuestro autor flaquea es en lo relativo al arte; y no por ignorancia o insuficiencia, sino por circunstancias especiales de tiempo y gusto. El conato de descripción de la catedral de Santander y algunas frases del libro de Jaén, ponen de manifiesto este vacío de su erudición y su gusto. No hay, sin embargo, que achacarle rigurosamente vicios que eran los de su tiempo y en que le acompañaban los mejores de sus contemporáneos. La crítica de artes tuvo por entonces en España su pontífice, hombre de mérito grande, tenaz investigador; pero sistemático, y sistemático acaso como acaece por lo común a los hombres tenaces, más por carácter que por convencimiento. Este hombre, grande amigo de Mazas, era don Antonio Ponz, cuyo *Viaje en España* le había acreditado de autoridad grande y casi única en materia artística y singularmente arquitectónica.

Pero Ponz en arquitectura era neo-clásico; Palladio y Vignola eran su Biblia; sabía de memoria el Serlio boloñes, y fuera de lo que obedeciese a las reglas y principios de estos

célebres maestros, todo para el erudito viajero en punto a edificación y su adorno era bárbaro, despreciable y merecedor de absoluta indiferencia. Y aun alcanzaba más lejos el exclusivismo de Martínez Mazas que el de su profesor y amigo, como acontece a todo discípulo y secuaz entusiasta que en su imitación exagera y sobrepuja siempre todo cuanto le parece eminente y nuevo en su maestro; y poniendo las artes de la edificación por cima de las otras artes que hablan a los sentidos con los encantos del color y la perspectiva o las grandezas de la anatomía y el relieve, enardecíase contra cuantos fuesen de sentir distinto, y en su ardor tanto más violento cuanto menos justo, y acrecido sin duda con verse entre pocos, en contraste de muchos, íbansele la mano y la razón en busca de argumentos especiosos y flacos, bien extraños a la claridad, templanza y aticismo con que por lo común discurría escribiendo.

En su *Retrato al natural de la ciudad de Jaén*, pág. 205 de la edición de esta ciudad—1794—dice hablando de las artes del dibujo: «no se porqué manía se suele dar la preferencia a las dos primeras (Pintura y Escultura sobre la Arquitectura). La Naturaleza ninguna perfección ni aumento ha adquirido con ellas; y los hombres nacerán tuertos o derechos sin que la Pintura ni Escultura alcancen a enmendar sus defectos, ni a hacerlos más sanos y robustos. Al contrario sucede con la Arquitectura que nos proporciona mil comodidades. Ella es la más antigua, más útil y necesaria para el hombre que ha de vivir en sociedad. Nos edificó las grandes ciudades del mundo, y enseñó a cercarlas de murallas. Nos puso en el mar edificios flotantes y baxeles de enorme peso, que se mueven con una tabla y al más leve soplo de viento.»

Diríase que el Deán bebió alguna vez en las viciadas fuentes de doctrina de los gentiles estoicos o los iconoclastas cristianos.

En consecuencia, a los ojos de Martínez Mazas, así como en los del sabio Ponz, si halló gracia el arte de la ojiva luego que llegado a plena razón y deslumbradora florescencia produjo las maravillas de León, Sevilla y Burgos, no les merece consideración alguna en aquellos tiempos primeros de su nacimiento y génesis, y menos todavía se la merece aquel otro arte

austero, sombrío, intermedio por donde pasa la creación artística para llegar de la ruina pagana, memoria y ejemplo del mundo romano, a la nueva y gloriosa manifestación cristiana. No hubieran tenido, por tanto, para qué ser mentadas y menos descritas, supuesto que el erudito hijo de Liérganes hubiérase querido extender en historias del arte, nuestras modestas iglesias montañesas nacidas en los días azarosos, batalladores e indecisos de la reconquista, ni estas otras ya más suntuosas en que rompe el arte con lo pasado y se sacude el yugo romano, apuntando las ojivas, como lo sacude el Estado poniendo en sus instrumentos leyes y diplomas la novísima y robusta lengua de la Patria y del pueblo, desheredando la vetusta y decadente latina.

Tendránse asimismo por desahuciados los que en este libro esperasen encontrarse repetidas las quimeras linajudas con que durante largo tiempo se alimentó en la Montaña más la vanidad que el deseo de instruirse, porque el autor, que en lo historial castiga con despiadada mano la tolerancia o indiferencia del benedictino Sota y el cura de Celis, no pudiera, sin tacha de inconsecuente, ocuparse en los nobiliarios, fantásticos relatos que suplían perniciosamente la ignorancia y vacíos de la historia severa y cierta de la Montaña. «No estamos en tiempos de adoptar fábulas», escribió el docto Deán al extender sus memorias; austeras palabras que prueban un alto sentido de su época y de su profesión.

Tales, sin embargo, tan insuficientes y tan defectuosas como quieran hallarlas ánimos exclusivistas y fríos, únicamente indulgentes con lo perfecto y admirable, tienen estas Memorias el indisputable mérito de ser el más completo cuerpo (1) de historia conocido acerca de nuestra provincia montañesa, la cual, en tantas cosas desdichadísima, no lo ha sido poco y continúa siéndolo, en carecer de textos donde puntual y minu-

---

(1) La *Crónica de la Provincia de Santander*, publicada por el señor don Manuel de Assas con sujeción a inevitables exigencias editoriales, no ofreció a las altas cualidades literarias de su autor, a su erudición vasta y escogida, su ejercitado criterio y elegante pluma, el campo que necesitaban para haber imposibilitado esta aserción, cuya verdad es de común sentir.

ciosamente conste nuestra propia e interesante historia, quedando siempre inacabadas, como en embrión, las obras de sus mejores historiadores. Aquella circunstancia sola bastaría para legitimar la preferencia que los *Bibliófilos cántabros* dieron en sus publicaciones a dichas Memorias, a la par que condena la elección hecha por los patriotas iniciadores del pensamiento de esta Biblioteca, en el escritor destinado a presentarla al público de sus compatricios y demás lectores.

Y si bien yo cuento con que los escritores que habrán de seguirme en esta penosa cuanto honrada tarea, romperán dicha tradición para bien de la historia y las letras cántabras, indiscreción sería no seguirla, encareciéndola, cuando ello habrá de ser bien para todos.

Las honras, cuando no merecidas, deben aceptarse si de haberlas rehusado puede provenir daño, obstáculo o dilación a pensamiento grande y patriótico: y si hay entre los que leen quien tenga por buena esta doctrina y la admita, éste al menos habrá hecho callar aquella voz de su buen sentido que, entre los encargados de presidir a nuestras publicaciones, le señala aquellos cuya mejor experiencia y mayores merecimientos los titulaban para este noble lugar ahora indebidamente ocupado.